

La Señalada de los Aróstica Rojas



Don Sixto, su familia y su amigo Hans

Este es otro cuento...

Saliendo desde Copiapó, hacia el sureste, por la ruta a Los Loros, el valle está cubierto, de lado a lado, con parronales. Es enero, son las primeras partidas de uvas, que ya en diciembre comenzaron a salir en cientos de contenedores a todas partes del mundo. Las montañas, testigos eternos del devenir copiapino, parecen -sólo parecen- ceder ante el poder de retroexcavadoras que nivelan nuevas terrazas de cultivo. El río Copiapó no llega a la ciudad, los *packings* y las mineras han agotado su cauce, dejando puentes, playas y miradores en un seco y caluroso silencio que golpea de lleno y sin descanso a la urbe copiapina.

Desde un comienzo nos impresionó la monotonía del paisaje, que aproximándose a las alturas gana en variedad y en calidad, haciendo visible la gran diferencia entre las quebradas y sus tortuosos recodos.

Por la época, hay movimiento en el ambiente: un gran número de temporeros se encuentra en la zona. Trabajando bajo el seco sol copiapino, distraídos en boliches -habilitados especialmente para ellos-, caminando al costado del camino o arriba de los numerosos buses que suben y bajan por el valle con particular prisa. Es aquí donde comienza su circuito estival, la cosecha más temprana. Con el pasar de los meses se irán desplazando valle tras valle hacia el sur del país, esperando acumular un duradero botín.



Valle del río Copiapó

Sitio arqueológico de La Puerta

Entre esta gran lengua verde cargada de vid, que se expande a lo largo y ancho del río Copiapó y sus principales afluentes, como queriendo esconderse, está la casa de Don Sixto Aróstica. Agricultor y criancero de toda la vida, nació, fue criado y vive, junto al río Pulido -un afluente del Copiapó-, en este sector llamado Iglesia Colorada. *Cuando Chile llegaba hasta Tal-Tal había una iglesia colorada, por eso Iglesia Colorada, pero las excavaciones no han dado pruebas de que así sea. Dicen que fue tapado por un aluvión, pero eso dicen no más* [Don Sixto, 17 de enero]. La iglesia a la que hace referencia este hombre sería, según algunos aventurados, la primera iglesia de Chile, y las excavaciones, aquellas que se realizaron a metros de su casa.

Los numerosos sitios arqueológicos del área más bien parecen oasis de desolación en el verde paisaje, accidentes improductivos, causa de problemas para las empresas frutícolas deben lidiar.



Don Sixto Aróstica, cruzando el río Montosa.

Todos los caminos llevan a Don Sixto. Los caminos del etnógrafo al menos, es una detención obligada. Cuando este canoso hombre nos recibió en la entrada de su casa no vio nada nuevo: por años ha recibido a investigadores (etnógrafos, arqueólogos, documentalistas, geólogos, etc.) llenos de preguntas, necesitados de un intermediario con la cordillera.



Don Sixto muestra sus "joyitas" arqueológicas.

Lo que nos puso en su pista fueron precisamente los diarios de campo de uno de ellos, sin duda el más querido y admirado: Don Hans Niemeyer. Se conocieron en los años sesenta, trabajaron juntos en las cuencas hidrográficas del sector, luego Hans le contagió con el vicio de la arqueología. Recorrieron a caballo los valles del Montosa, Jorquera, Pulido, los sectores de los Helados, Ramadillas, Pircas Negras, Peñas Negras, La Ollita, Peñasco de Diego, Comecaballos, Cachitos, Quebrada Seca y El Nevado haciendo levantamientos y recolecciones superficiales, en expediciones sucesivas de dos semanas de duración a lo largo de varios años.

Don Hans acostumbraba a quedarse en su casa y trabajar con los arrieros recomendados por él. Intercambiaban conocimientos y por mucho tiempo mantuvieron correspondencia.

La noticia de su muerte le llegó después del funeral, sabía de su delicado estado de salud, se vieron por última vez en marzo del año pasado, en La Herradura. Don Sixto cayó enfermo al enterarse. Hoy en día, sigue con su afición por la arqueología y la historia, celebrando así su amistad con Hans.



Recordando viejos tiempos y viendo fotos de la colección familiar de los Aróstica. Hans Niemeyer (de pantalón blanco en las fotos central e inferior) compartió durante sus trabajos en terreno tanto con don Sixto y su familia como con la suya y otros colegas arqueólogos, principalmente Miguel Cervellino y Gastón Castillo (abajo a la izquierda el primero y arriba a la izquierda el segundo, ambos en la foto central).

Esgrime con orgullo y picardía su habilidad arqueológica al momento de identificar tipos cerámicos, entierros, construcciones u otros; muestra su prudencia arriera al momento de inferir; y es punzante cuando contrapregunta y contrargumenta. *Chile es una mentira que los incas contaron a los españoles para tratar de salvar su imperio* [Don Sixto, 22 de enero].

Don Sixto y la Sra. Virginia, su esposa, viven cómodamente en Iglesia Colorada. *Ella me cuida, quizás estoy viejo. Pero son 71 años no más, no son los años, son los veranos* [Don Sixto, 20 de enero]. Tienen una casa de madera, sin acceso a energía eléctrica y sacan agua de un estero que desemboca en el río Pulido.

Alguna vez los Aróstica y otros pioneros fueron dueños de estas tierras. Hoy las uvas suben desde Copiapó hasta los 1.800 msnm, desde la frontera bajan las mineras tendiendo caminos -coqueteando con las aguas-. En la franja que ninguno de ellos ha aprendido a

explotar viven los arrieros.

Todavía suben sus animales en verano, *a las veranadas suben familias completas, como ahora llegan en vehículos han armado buenos rucos... los arrieros usan los caminos que siempre han usado, a veces coinciden con los levantados para las mineras, pero ya no pueden cruzar a Argentina con sus animales por la fiebre aftosa. De los que acostumbraban a cruzar quedan pocos vivos [Don Sixto, 17 de enero]. Hoy, tienen sus animales en media entre parientes y amigos, conformando así la comunidad Pulido.*

La Señalada

Luego de un par de semanas bajo la higuera de los Aróstica Rojas, fuimos invitados a la señalada de sus animales. Sin pensarlo nos aprestamos a registrarlo todo con nuestras cámaras.

Cada año las vaquillas y novillos de la temporada, son marcados con cortes en las orejas, éstos permiten distinguir a su propietario. No obstante, a ojos de arriero es fácil distinguir a cada animal. Mauricio, el hijo menor de Don Sixto y la Sra. Virginia, les tiene un nombre y una fama a cada uno: *el Triceratops es tranquilo, pesa más de 500 kilos, ni uno quiere tener problemas con él [29 de enero].*

Era domingo en la mañana. En la Michelle -la vieja y fiel camioneta chevrolet, rebautizada en honor a la actual soberana- suben Mauricio, la Sra. Virginia y Don Sixto. Atrás, la parrilla, palos, ollas, ensaladas, un etnógrafo e Higo. Encabezando la caravana va la Garrapata con el arqueólogo, el antropólogo y el sonidista. Luego, en otra camioneta, Gladys, hermana de Mauricio, con su familia.

El camino es pedregoso, con bordes rocosos que se adentran en el valle del Montosa. Un cajón que se abre desordenadamente, dejando lugar a uno que otro reluciente parche verde de alfalfa.

A veinte minutos de la casa, a más de 2000 msnm, está el rancho de los Aróstica Rojas, en el río Montosa, en los Ojos de Agua. Nos recibe una techumbre, buena sombra ante el crudo sol, más arriba hay un corral de madera con una manga para poner a los animales en fila. El río cruza el terreno como un estero, al otro lado asoman algunos cultivos de alfalfa aguardando alimentar al ganado bovino y equino, el cual descansa dentro de un cercado bastante amplio. Algunos montes marcan los límites de la propiedad, el camino que la cruza es de la familia y llega hasta los límites fronterizos.



Mauricio y Don Sixto descargan a Michelle a su llegada al rancho.

Bajamos las cosas de la camioneta, las mujeres comienzan a cocinar. Mauricio y Belisario van a buscar los caballos, cruzando el río por un remedo de puente. *Al entrar en el ganado me recomiendan mantener distancia por la bravura de los animales, cuando veo la mansedumbre con que se entregan los caballos a sus lazos paso a dudar de la fiereza ganadera. Montando a pelo vuelven a la camioneta, Belisario me lleva al anca provocando las risas de los presentes.* [Diario de Campo, _erardo]. Ya han llegado casi todos, los más jóvenes practican sus destrezas, quieren estar listos para lucirse en el corral.

Mauricio -el arriero-, estudió construcción, trabajó en Copiapó, “*a éste le gusta el campo*” [Don Sixto]. Él monta a Tomate Billy the Kid.



Tomate Billy the Kid, Mauricio y Javiera Aróstica.

Belisario -el huaso-, yerno de arriero. Sus orígenes están al interior de Chillán, allí aprendió todo el trabajo del campo, llegó a ser domador de caballos para carreras. El amor lo dejó en este valle, trabaja para una pisquera, y ha dado dos nietos a los Aróstica Rojas junto a su esposa Gladys Aróstica. Él monta al Aguilucho, antes llamado El Semental, por sus hazañas *cuando aún tenía testículos* [Don Sixto]. Dicen que este caballo alguna vez se

enfrentó al león, por eso siempre anda con las orejas apuntando en todas direcciones y nunca pasa tranquilo por los desfiladeros.



Belisario montando al Aguilucho.

Colocan los aperos a los mancos -apodo cariñoso dado a los caballares- y se aperan ellos también, parten a buscar al ganado. Cruzan el río por la parte más ancha, arreando los animales al corral, donde espera el resto de los hombres, las mujeres más jóvenes y los niños. Bajo el techo las mujeres siguen cocinando.

El ganado se acerca al corral, y a quienes nos encontrábamos ahí se nos advierte: “escóndanse, para que no se asusten los animales”. Al acto desaparecemos todos los espectadores detrás de un roquerío. El estruendoso andar de las vacas hace correr a un pobre animalejo que se oculta tras unos arbustos, a un costado del corral. En su frenético arrancar cuesta arriba, pasa a metros de Juan Lluta, quien esta tomando un picado encaramado en el cerro [Diario de Post-campo, Andrés Fortunato].

Entran el ganado al aperreadero -el corral-, los jinetes desmontan. Don Pedro monta al Aguilucho y empuja algunos animales a la manga. Solo ingresan los animales mayores de un año para que reciban su vacuna. Las dosis las calculan los propios arrieros en función del peso estimado de cada animal “dos rayas por cada cien kilos”. Los más viejos, fuera del corral, se ocupan de llenar las jeringas y discuten sobre la pertinencia de inyectar a algunos animales, en especial, si sospechan su preñez o si en la confusión no saben si ya fue vacunado.

Todo va bien hasta que Pacán, hermanos de Don Sixto, intenta utilizar una jeringa de 50 cc, inyectándola en el pequeño frasco de medicamento. Al poco rato, con el líquido chorreando a borbotones del frasco, del mismo Pacán se escucha: “la cagamos con meterle esa hueá”. Sin más discusión siguieron, en adelante, utilizando las jeringas de 20 cc. [Diario de Post-campo, Andrés Fortunato]. Si algún animal nuevo entra en la manga se le señala allí mismo, inmovilizando su cuerpo y cabeza con improvisadas amarras y varas atravesadas por trancas.



Los novillos son "señalados"



Los arrieros aguardan -jeringa en mano- para vacunar a sus animales

Los animales que quedan en el corral son azuzados de un lado a otro para ir separando a los más jóvenes, se les hace correr cruzando el corral de a grupos, arrinconando a los viejos, dejando expuestos a los terneros y vaquillas. Cuando el grupo en movimiento es reducido, los laceadores eligen uno o dos animales, los fuerzan a moverse por el centro del corral y prueban suerte con el lazo. El más diestro resulta ser Pedro, hijo del jinete.



En el laceo, Pedro Cruz hijo se perfila como promesa.

Comienzan a llegar las cervezas, mientras, a turnos, los animales son pasados por la manga y vacunados, o laceados y marcados. A aquellos con los cachos muy largos y puntudos -por ende peligrosos- se les cortan con una sierra, si sangra el animal el corte fue mal hecho, aunque a veces se toma como represalia por su "mal" comportamiento en la faena. "*¡Qué sangre la cagá!*" [Mauricio].



Pedro, en pleno corte de cachos.

Al momento de lacear el animal pega un tirón, el hombre lo frena y otro acude a voltearlo. Para voltearlo, dado el peso de la bestia, se debe aprovechar cuando éste da un salto para tomarlo por las patas o la piel cerca de la barriga. En el suelo se le deben inmovilizar las patas contrarias al arriero, poniendo las extremidades que quedan hacia el suelo por sobre las otras. A veces el animal es demasiado inquieto y fuerte, un hombre debe sostenerlo a horcajadas mientras otro lo señala. Si el animal es muy grande basta con aquietarlo agarrándolo por la nariz, tratar de voltearlo sería riesgoso para el vacuno y el homínido.



Una vez alcanzado su objetivo, el laceador se planta con sus pies bien firmes en la tierra.



Los animales más porfiados y pesados se voltean entre varios. De izquierda a derecha: Belisario, Dan y Pedro.



Maurício, ya agotado, tumba a su último animal.

El tratamiento dado a los animales por los arrieros contrasta, para el ojo del observador, con las cuidadosas técnicas huasas de Belisario. Sin embargo las diferentes escuelas se complementan perfectamente a la hora de marcar los animales. La señal debe colocarse de manera rápida y segura, una destreza que Belisario, con su cortaplumas suiza, luce con gracia. Aunque al momento de lacear los locales se llevan los vítores.

Arrimados en los cercos, las mujeres y los niños aplauden las maniobras de los arrieros, ríen de los errores y las bufonadas, se asustan cuando la cosa se pone peligrosa. Los toros casi nunca embisten, y si lo hacen cierran los ojos al momento de la cornada, por eso *hay que meterle la cachaña al final pa'hacerle el quite* [Pacán], las vacas embisten por la espalda con los ojos abiertos, pueden voltear la cabeza en el último momento para agarrar las piernas de su objetivo. Con la señalada, las hembras del ganado se inquietan al ver a sus crías laceadas mugiendo con angustia.

Vítores para los más hábiles y afortunados, aunque los arrieros viejos y avezados no cesan en sus críticas: *¿Cómo pueden ser tan inútiles? ... tuviera cinco años menos entraría a mostrarles cómo se hace, no saben nada* [Pacán].



Don Sixto y su hermano Pacán disfrutan de los chascarros mientras se refrescan con una cerveza helada.

Mauricio hace de *showman*, dedicado a entretener a niños y etnógrafos con sus hazañas *arrierísticas*, haciendo -o intentando- vistosas acrobacias para voltear a los bovinos. “*Esta es pa’ la tele’*”, “*Solo contra el mundo*” [Mauricio] [Diario de Campo, César].

Pasan las horas, con el cansancio a veces se cometen errores en las señales, pero todos saben de quién es cada animal. Los animales que aun están en el corral lucen agotados y alterados, los lazos se entorpecen alargando más el proceso, pero el ánimo no decae.

Terminada la labor, Mauricio y Belisario vuelven a montar, arrean el ganado hacia el gran corral, al otro lado del río. El olor a carne asada estremece el valle: cordero, vacuno y guanaco, junto con unas longanizas Pincheira gentileza de Belisario. Arroz, papas, ensaladas, vino y cerveza. Dos o tres veces nos repetimos el plato. Todos hacen salud por Don Sixto, agradeciendo la invitación y la ocasión.

Antes sólo subían él y su hijo Mauricio a fines del verano para señalar a los neonatos, capar algunos machos y carnear vacunos para su consumo. Con el tiempo, al regalar sus historias a su familia, muchos empezaron a acompañarlos, para mirar, para ejercitar, para compartir. Hace varios años de esto, ya es una tradición para los Aróstica Rojas -una *tradición emergente* dirían algunos-. El hombre que quiera entrar en la familia debe entrar al corral a mostrar su coraje; la mujer, por su parte, debe ayudar a preparar las abundantes delicias que castigarán a los más empeñosos.





Lo que todos esperan: el asado.

El rancho Aróstica proporciona suficiente sombra para que todos disfruten de la carne y longanizas alegremente.

Don Sixto encabeza la mesa -como *The Godfather*- todos compartimos un rato de bromas y conversación con él. A media tarde se pierde, sale a caminar solo por las tierras que alguna vez cabalgó con gallardía, descansa bajo una sombra contemplando sus cultivos y sus animales. Vuelve contento, orgulloso, pensando en mudarse a este rancho con la Sra. Virginia, lejos del ajeteo de Iglesia Colorada.

Las mujeres levantan la mesa y lavan la loza, Belisario pasea los niños en los caballos, después Mauricio les saca los aperos y se despide de ellos. Comienzan a irse los invitados, Don Sixto es el último en salir, cierra el portón y se despide de todos. Volvemos a la casa.

Epílogo, conversación

- Don Sixto, ¿a Ud. no le hace problema que se escriba tanto sobre ustedes?.

- No, ¿como vergüenza?. No, porque escriben sobre lo que nosotros hacemos, ¿o cómo lo ves tú.?

- Yo lo veo con temor, me daría miedo que se supiera tanto de mí y mi familia, quizás alguien podría usar esa información para hacernos daño.

- ... Nunca lo había visto así.

[27 de enero]

Epílogo, el ritual

Quizás la Señalada era el rito que los seres antropologizados necesitábamos, un momento de gasto festivo comunitario, rito de pasaje para vacunos y homínidos en el cual Don Sixto nos presentó en comunidad como sus ahijados. Allí conocimos una jugada importante de su oficio, compartimos con gran parte de su familia, entregamos públicamente las excusas de nuestro viaje y nos comprometimos a devolver los frutos de nuestra labor auto impuesta.

Epílogo, nuestro oficio

Para que el trabajo de campo resulte hay que encontrarse un joven o un viejo con el que enganchís [Daniel Quiroz, 29 de diciembre], ¿habrá querido decir un amigo y un maestro, un hermano y un abuelo?. Si es así, esta vez Mauricio y Don Sixto fueron esa paridad alterna.

Admirar a los nativos es inevitable -¿o crucial?-, anhelamos esa parte de sus vidas que nos obliga a viajar, pero volvemos felices a escribir sobre nuestras notas y recuerdos, ese es nuestro oficio. ¿O escribimos para poder volver a viajar teniendo la investigación como justificación?. Bastaría con editar el registro visual para contar el cuento, pero escribirlo le da seriedad, la reviste de un cuerpo formal.

¿Por qué arrieros, no collas, ni temporeros?. Los arrieros son los que mejor conocen la cordillera, los pasos aptos para ganado y personas. Seguíamos las huellas de Niemeyer. Buena justificaciones para una investigación aún en curso -se incluye la bibliografía que nos acompañó en este viaje-. Pero no se puede olvidar el romanticismo etnográfico de trabajar con los arrieros, su carismática marginalidad política, económica y social, curtida en la cordillera.

La etnografía es una extraña patología social: mezcla de necesidades afectivas, ficciones académicas, egocentrismos hipertrofiados, pudores de clase, carencias intelectuales, búsquedas existenciales, aspiraciones artísticas, elusiones morales y/o ambiciones paracapitalistas.

En este viaje, nos vimos sorpresivamente envueltos en una dinámica de intercambio y retorno directo e inmediato de las experiencias y materiales registrados. Nuestro trabajo no debió esperar un largo proceso de selección y edición antes de ser devuelto, convertido en regalos de agradecimiento (discos, fotos, videos, escritos, etc.) a quienes los inspiran -y protagonizan-. El pasar de los días hizo de la revisión de las imágenes una actividad obligada de congregación y regocijo familiar, en la cual grandes y niños compartían abiertamente sus impresiones, alimentando nuestra ya exaltada imaginación.

La familia Aróstica Rojas también nos escudriñó -como suele suceder, pero esta vez de manera explícita-, y en esta mutua búsqueda nos fuimos acercando, viendo con alegría que no sólo representábamos una bandada de buitres sedientos de experiencias nuevas, sino también un grupo capaz de evocar recuerdos y traer novedad, de borrar aquellos roles y dicotomías añejas, para entrar, “descubiertos”, a aquellos lugares que con sinceridad y

humildad se nos ofrecen, y disfrutarlos.

Epílogo, cita

Uno vive más tranquilo, no está sujeto al reloj. Eso es lo mejor que tiene esto, cuando hay que trabajar se trabaja, cuando hay que descansar se descansa. Nadie lo manda, es patrón y peón a la vez [Don Sixto, 28 de enero].



Dedicatorias

A la familia **Aróstica Rojas**. A **Don Hans Niemeyer** *q.e.p.d.*, por permitirnos entender en sus cuadernos sólo lo necesario para llegar a donde llegamos. Al **Ño**, no nos olvides, nosotros mantenemos nuestra promesa.

Agradecimientos

A la familia **Aróstica Rojas**, por acogernos en su hogar y brindarnos su hospitalidad. En especial a la **Sra. Virginia** por el cariño y la confianza, a **Mauricio** por la complicidad y la entrega, a **Don Sixto** por las enseñanzas y las preguntas. A **Gladys** por las sandías. A **Belisario** por la pichanga. A **Don Ramón** por sus maravillosos quesos y el tabaco cimarrón. A **Pacán, Guillermo, Benito** y todos los habitantes de esas tierras. A **Miguel Cervellino -el Tío-** y su familia, por las exuberantes onces, el libro guía, el tour con almuerzo incluido y la buena onda. A **Ibar González** y la gente del Museo Regional de Atacama por la buena disposición y los consejos. A **Gastón Castillo** por la sinceridad y el tiempo dedicado. **Ricardo Moyano**, por los buenos y abrumantes datos. A **Rodrigo Pachuco Arcos** por la acogida. A **Rubén Stehberg**, Archivo Niemeyer, Museo Nacional de Historia Natural, por facilitarnos los cuadernos de campo. A **Toro** por prestar la carpa. A **Silvio** por las ollas y los parlantes. A **Vicky** por la cámara. A los incondicionales auspiciadores de siempre: **nuestras familias**.

Bibliografía acompañante

Castillo, G, Cervellino, M, Niemeyer, H. 1998. **Culturas Prehistóricas de Copiapó**. Museo Regional de Atacama. Copiapó. Impresos Universitaria S.A. Santiago.

Molina, Raúl. 2002. **Los Collas de la Cordillera de Copiapó y Chañaral, Región de Atacama**. Documento de trabajo. Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato. Grupo de trabajo Pueblos Indígenas del Norte. Sub grupo de trabajo Pueblo Colla. Santiago.

Museo Regional de Atacama. 1994. **Revista Contribución Histórica N°4**. Copiapó. DIBAM.

Museo Regional de Atacama. 1992. **Revista Contribución Arqueológica N°4**. Copiapó. DIBAM.

Niemeyer, Hans. 1966, 1972, 1976 y 1994. **Cuadernos de Campo** Nros. 30, 39, 50 y 57. Disponibles en Archivo Hans Niemeyer. Museo Nacional de Historia Natural. Santiago.

Orellana, Mario. 1988. **La crónica de Jerónimo de Bibar y la conquista de Chile**. Editorial Universitaria. Santiago.

Rojas, Carlos. **El Mundo Mágico de los Collas**. Tesis para obtener el Título de Profesor de Estado en Castellano. Departamento de Artes y Letras. Universidad de Chile. La Serena. 1976.